

las cuales son las más antiguas de que allí hay noticia. Después de Carlos V, Francisco I contrajo un empréstito para llevar la guerra á Italia, y otro más tarde para pagar su rescate: este último fué origen de venalidad en los cargos públicos, llaga del Estado que es la deshonra del poder, como acertadamente la llamó Saint-Simon; y que, por aberración inconcebible en hombre de tanto talento, consideraba Montesquieu como estímulo para la industria y para el ahorro de los ciudadanos. No tiene hasta cierto punto nada de particular el error de Montesquieu, quien, como todos, distaba mucho de ser infalible, y sabido es, por otra parte, que los grandes hombres son los que á veces dicen las grandes barbaridades. *Errare humanum est.*

Sully no contrajo empréstito ninguno; se limitó á gobernar con los recursos del país, y á fuerza de economías y apelando á veces hasta á la arbitrariedad para adoptarlas, consiguió amortizar parte de la deuda que á la sazón existía. Sus sucesores en el poder siguieron distinto rumbo, administrando la cosa pública con cierta prodigalidad.

A la muerte de Mazarino los intereses de la Deuda perpétua en Francia importaban ya veinte y siete millones y medio de libras, representados por un capital de quinientos millones. Colbert resistió tenazmente y por mucho tiempo á seguir el ruinoso camino de los empréstitos. Decía al presidente Lamignon, cuya opinión había decidido en el Consejo Real que se acordara contraer uno: «*Triunfáis, es cierto; pero ¿os figuráis acaso haberos conducido como hombre honrado? ¿creéis que no sabía, tan bien como vos, que se podía hallar dinero por medio de un empréstito? ¿conocéis tanto como yo al hombre con quien tratamos, lo faustoso que es, su entusiasmo por las grandes empresas y su afición á todo género de prodigalidades? Ved ahí el camino abierto á los empréstitos y, como es consiguiente, á los gastos y á los impuestos ilimitados: por todo ello responderéis á la nación y á la posteridad.*»

Es condición de hombres de valía el no desalentarse y saber hallar recursos, no sólo para dominar las circunstancias adversas que les rodean, sino hasta para sacar favorable partido á veces de las mismas. Colbert no podía desmentir esta regla, y aunque visiblemente contrariado al ver que se abría á su querida patria la peligrosa sima de los empréstitos, trazó su línea de conducta y manejose con tal habilidad y acierto, que la nación correspondió al llamamiento del gobierno y secundó el empréstito, llegando el éxito hasta el punto de que del extranjero acudieran también capitales á favorecerlo. Por virtud de una serie acertadísima de medidas adoptadas por aquel grande hombre, consiguió Francia no pagar sino el 5 por ciento de interés, así como antes, á los primeros prestamistas, había satisfecho el 18 por ciento; y, lo que es más notable todavía y más habla en pro de su buena gestión en los negocios públicos, redujo el atraso de las rentas á la exigua cantidad de 8 millones. Dejó Colbert el poder y á la vuelta de seis años, ascendieron otra vez dichos atrasos á muy cerca de doce millones de libras (11.700,000). Al morir Luis XIV importaba la deuda 1,925 millones, equivalentes hoy, regulándola por el precio del trigo comparado en ambas épocas, según los economistas, á 3,082 millones de pesetas.

La Deuda pública en Inglaterra no arranca de una época anterior á la de Francia. Se atribuye generalmente su origen al préstamo de un millón y doscientas mil libras esterlinas (es decir, todo su capital), hecho por el Banco al gobierno, en 1694, cuando

se fundó. Verdad es que antes de aquella época tenía Inglaterra algunos atrasos; pero eran de escasa importancia y los constituían varias rentas vitalicias que el Estado pagaba. Al principiar, sin embargo, el siglo XVIII, la Deuda inglesa ascendía ya á mil millones de pesetas: en 1772 alcanzaba á tres mil millones y medio. Al subir Pitt al poder (1784) había aumentado hasta cinco mil millones y medio y llegó hasta á veinte y ocho mil millones de pesetas en 1815.

Si M. de Reden calculaba, á mediados de 1850, que el capital de la deuda de los Estados europeos, tomado en masa, componía ya más de 46 mil millones de francos, correspondiendo 174^{rs}.37 por habitante, ¿á qué espantosa cifra debe llegar hoy, que se ha generalizado más todavía la costumbre de hipotecar el porvenir por medio de onerosos empréstitos, haciendo responsables á las futuras generaciones de nuestros errores, de nuestras torpezas y de nuestros desaciertos; que se han sostenido costosas y crueles guerras que constituyen el más negro borrón de la historia contemporánea, y que nuestra tan cacareada civilización arma á las naciones hasta los dientes, obligándolas á mantener numerosos ejércitos y arrebatando á la agricultura, á la industria, á las artes y al comercio millones de brazos que vejetan improductivamente, cuando tan útiles podrían ser y tanto contribuirían al fomento de la riqueza?

Otro economista insigne, Blanqui, había calculado ya en 1838, que los intereses de las deudas europeas absorbían más de la cuarta parte de la renta pública en Francia, más de la mitad en Nápoles, cerca de las dos terceras partes en España y Portugal, casi dos quintas partes en Holanda, más de tres octavas partes en Austria, la cuarta parte en Prusia, la mitad en Inglaterra y casi la quinta parte en Rusia.

No es de extrañar, pues, que la ciencia económica se pronuncie resueltamente en contra de los empréstitos; que ilustres publicistas á cuya cabeza figuran desde Hume en Inglaterra y J. B. Say, en Francia, los reprueben sin ninguna reserva, sin ninguna excepción. Los empréstitos destruyen economías numerosas, capitales considerables y, es opinión incontrovertible que, en realidad, hasta hoy sólo han servido para organizar y sostener guerras y para atender á escandalosas prodigalidades y punibles despilfarros. A buen seguro que habría de ser muy difícil indicar el bien que á las naciones europeas han producido sus respectivas deudas.

Antes que recurrir á medio tan funesto para procurarse dinero, dicen los autores del Diccionario francés de Economía Política, valiera más que las naciones apelaran al aumento de las cargas públicas, que no grava sino al presente y deja libre el porvenir.

Ricardo tenía razón, en tésis general, al decir en un artículo que adquirió años atrás celebridad, publicado en la *Enciclopedia Británica*, titulado *Yunding system*: «Mucho fuera de desear que desembarzáramos nuestra política del sistema de los empréstitos. Acostumbrémonos á vencer las dificultades á medida que se presenten y eximámonos de todo gasto antiguo, cuyo peso sólo sentimos cuando ha llegado á sernos intolerable.»

Un buen economista francés, M. Gustavo de Puynode, referente á los empréstitos escribió lo que pasamos á traducir:

«El mayor defecto de los empréstitos modernos consiste en ser contratados por un

«capital nominal y no por el capital realmente pagado ó desembolsado. Así es que el gobierno entrega rentas á la tasa de 5, de 4 ó de 3 francos de interés por ciento de capital, de cuyos 100 francos sólo recibe una parte mayor ó menor según el crédito que se le concede al efectuar el empréstito. Nuestro último empréstito, por ejemplo, el de 1849, sólo produjo 75 francos al Tesoro, habiendo reconocido haber recibido 100 francos, de lo cual resulta evidentemente un perjuicio inmenso. Sería infinitamente mejor contraer los empréstitos al 6, 7 ú 8 por ciento y no comprometerse sinó por la cantidad en verdad recibida. De hecho el interés sería el mismo; porque dar 5 francos de interés por 75 de capital, no es por cierto tomar á préstamo al 5 por ciento; y á lo menos de esta suerte, llegada una ocasión favorable para efectuar el reembolso, no tendría que devolverse lo que no se ha recibido. Se calcula que el Tesoro francés, á consecuencia de esta detestable costumbre que introdujo sobre todo Pitt, debe muy cerca de 700 millones de francos que no ha cobrado; y Enrique Parnell afirmó que si Inglaterra calculaba los empréstitos efectuados desde 1775 hasta 1816 solamente, en cuanto su 3 por ciento alcanzara el cambio par, perdería también por igual causa 171.234,449 libras esterlinas.»

En opinión de todos los publicistas, pues, sólo hay dos motivos que justifiquen un empréstito: la inevitable necesidad de sostener una guerra, ó la de reparar los estragos de una revolución.

Si estas ideas cundieran, si se generalizaran entre todas las clases de la sociedad, á buen seguro que no se atreverían los gobiernos á desafiar la opinión pública contratando empréstitos ruinosos, ni se engolfarían en desastrosas guerras. Se limitarían entonces á administrar y á gobernar con los naturales recursos de que pudieran disponer, los cuales verían de aumentar por medio de sabias medidas protectoras encaminadas al fomento y desarrollo de los intereses morales y materiales de la nación, que serían objeto preferente y caso único de sus cuidados y desvelos.

VII.

Hemos llegado á la última parte de este estudio, que es tal vez la más difícil y la más delicada. La más difícil, porque procede hacer la síntesis de cuanto llevamos expuesto y presentar el pensamiento que puso la pluma en nuestras manos; la más delicada, puesto que al juzgar la utilidad de las Bolsas y de las contrataciones de efectos públicos que en ellas se efectúan, sobre tener que revestirnos de suma imparcialidad, hemos de emitir nuestros juicios sabiendo anticipadamente que no habrán de ser del agrado de algunos lectores. Ineludibles deberes á que jamás puede faltar quien como escritor pretenda guiar ó ilustrar la opinión pública, nos obligan á hablar con lisura; y por si alguien tachase nuestras conclusiones de apasionadas ó las recusara escudándose en nuestra escasa competencia en asuntos y negocios bursátiles, procuraremos apoyarlas en valiosos testimonios de distinguidos publicistas, cuya autoridad nadie que de sensato se precie ha de atreverse á poner en duda.

Hecha esta salvedad, que hemos considerado necesaria, plantearemos la cuestión que vamos á ventilar aquí en los siguientes términos:

Las contrataciones vulgarmente conocidas con el nombre de operaciones de Bolsa ¿deben considerarse un juego, como es opinión generalizada entre personas las más de las veces apartadas de ellas?

Los que contestan negativamente á esta pregunta, emplean, poco más ó menos, la argumentación que pasamos á transcribir (1):

«El azar, que domina sobre el tapete verde, no es por cierto el elemento que debe dominar las operaciones de Bolsa. El hombre de Bolsa calcula, combina, trabaja para descubrir lo que existe, pero que desconoce; estudia cuanto puede tener influencia decisiva en el curso de los precios, y utiliza el fruto de sus observaciones.

«Como el comerciante y el industrial, tiene sus medios para convertir en su provecho la lucha perenne contra la materia, base de toda ocupacion del hombre trabajador.

«Los medios de que todos echan mano quedan reducidos siempre en el fondo, á la inteligencia que estudia y descubre, y luego al trabajo que obra á sus riesgos.

«En cualquier caso el capital está en juego, nadie puede asegurar que los fondos amortizados en un negocio, en una fábrica, en una empresa ó en una operacion bursátil, compensarán al capitalista, al fabricante, al comerciante ó al bolsista. ¡Este imprevisto que no puede llamarse juego, es el fin á que se dirige toda la humanidad que trabaja!

«Así como el industrial se afana en disminuir el precio de coste, y el comerciante estudia las procedencias que más ventaja le ofrecen, y el corredor busca el comprador ó vendedor que más facilitan sus órdenes, el hombre de Bolsa aprovecha por medio de la especulacion una depreciacion que no tiene motivo de ser, incita á los capitales á que afluayan á colocaciones lucrativas y beneficiosas, ayuda al sostenimiento y equilibrio de los valores y contribuye en su esfera al aumento de la riqueza pública. Este es el verdadero bolsista.

«Si acaso existe juego, no lo hay únicamente en la contratacion de estos valores, sino en toda clase de contrataciones; pero en este caso confiésese que ni hay cálculo, ni conocimientos, ni combinacion, ni experiencia, base de todas las operaciones, incluidas las de Bolsa, que son las que nos ocupan.»

Al expresarse así el autor del libro citado, indudablemente da claras muestras de ingenio y habilidad; pero de nada sirven la habilidad y el ingenio cuando con ellas se trata de defender una mala causa. Todos los sofismas del mundo, empléelos quien quiera, no bastarán á probar que no existe el *juego* en la bolsa, como con cierta aparente candidez se pretende poner en duda, en el último párrafo transcrito, diciendo: *si acaso existe juego*, palabras que de intento hemos subrayado.

Cuando el escritor prescinde de la verdad de los hechos, cuando falta á la sinceridad de la manera que acabamos de ver, negando ó poniendo en duda lo que todo el mundo

(1) Véase *La Banca*, libro citado.